

lo che permette di rappresentare nel modo più limpido la convergenza tra l'analisi filologica del testo e la sua interpretazione" (p. 200).

Es obligado recordar también que Segre ha sido durante muchos años profesor de literatura española en Pavía: Machado, Blas de Otero, el Romancero, Garcilaso, Cervantes, García Márquez (con quien ha conversado en Barcelona), Ernesto Sábato, etc. han sido sus temas preferidos. Hispanistas de renombre como Giovanni Caravaggi han sido discípulos suyos: "gli allievi (...) avevano notato un fervore inconsueto nel trattare questi argomenti" (p. 192). Sus muchos viajes por España, su familiaridad con nuestra lengua y cultura, su frecuente asistencia a congresos en nuestro país, le vinculan intelectualmente a nosotros.

Su autobiografía, además de salir al paso de posibles torcidas interpretaciones, encierra una profunda reflexión sobre nuestro tiempo, con un testimonio lúcido y valioso que nos ayuda también a conocer mejor aspectos de una profesión que habitualmente no se exponen<sup>6</sup>, o que pocas veces se abordan con esta precisión, y que forman parte igualmente de la dinámica del mundo literario que nos ha tocado vivir. El testimonio escrito queda ahí, para su posible revisión en tiempos futuros, en los que el horizonte de la crítica literaria es bien incierto: si los alumnos no leen libros (sólo leen fotocopias, p. 171 y 185), si una buena parte de los profesionales cada vez están menos interesados y menos motivados, y si la sociedad demanda otros temas y presiona negativamente (en España la imposición de la literatura "basura" dura varias décadas ya), el futuro de la crítica es desde luego bien incierto.

María HERNÁNDEZ ESTEBAN

Antonio PRIETO: *Libro de Boscán y Garcilaso*, Barcelona, Península, 1999, 232 pp.

En 1541, Boscán, ya cercano a su muerte, toma la pluma para evocar su vida pasada: su adolescencia al servicio de Fernando el Católico, sus amores con las moriscas de Granada, su encuentro con Navagero, su amistad con Garcilaso y Diego Hurtado de Mendoza... El narrador tiene aquí más protagonismo que el anónimo cronista de *El embajador*, pero aun así, el centro de gravedad de la novela está en otra parte. En primer lugar, en el momento histórico. Prieto ha ido creando una leyenda dorada del Renacimiento, un mito literario de una originalidad y un encanto indudables. Conviene, entonces, precisar los rasgos de ese Renacimiento tan personal, la inevitable selección, o deformación, que el novelista impone a la materia prima que le ofrece la historia. El Renacimiento de Prieto es, ante todo, un momento de plenitud, que desborda literalmente de acontecimientos y personajes, «de tal

---

<sup>6</sup> "Il bello dello studio è che ti aliena per qualche ora dal presente, talora eccitandoti come una droga, ma poi ti lascia disponibile, magari ti allena, a tutte le meditazioni", Segre *Per curiosità*, cit. p. 101.

forma que tenía razón Junípero cuando señalaba que parecía que quisiéramos romper la dimensión del tiempo, su medida, porque no cabíamos en ella» (p. 75). La actitud del novelista con respecto a esa historia heroica es ambigua. Por un lado, los grandes acontecimientos políticos y militares se le presentan como desastres que habría que evitar, o en el mejor de los casos, como actualidad volandera que no afecta al sentido más profundo de la historia y del hombre. Pero, por otro lado, ni el narrador, ni el autor, han podido escapar a la fascinación de una época y sus héroes. Más aún, uno de los atractivos del libro es el placer contagioso con el que Prieto vuelve a contarse la historia que tan bien conoce, como quien se repite los nombres evocadores de un atlas o de una genealogía: Hugo de Moncada, Andrea Doria, Barbarroja, La Goleta, los lansquenets, el ducado de Borgoña, el Emperador. Prieto suele preferir los tonos intimistas, y, sin embargo, en algunos de sus mejores momentos la novela es decididamente épica más que lírica. No me parece casual que el novelista retome aquí la magnífica descripción de la conquista de La Goleta, que aparecía ya en *El embajador*, y donde se advierte por igual la crueldad de la guerra y el fulgor del heroísmo. La vida intensa que Prieto suele regalar a sus personajes se proyecta aquí sobre una época histórica igualmente intensa, que amplifica la plenitud de esas vidas individuales. De manera que no es casual que los primeros fracasos de Carlos V vayan acompañando a la muerte de Garcilaso. Pues Garcilaso es el verdadero protagonista del libro, ante el que Boscán sólo puede asumir la simpática actitud del amigo que actúa como cronista, lleno de admiración y de afecto.

Varias veces se encuentran los dos poetas a lo largo del libro; varias más, Garcilaso escribe a su amigo desde el escenario de sus viajes y de sus batallas. De esas conversaciones y de esas cartas, Boscán rara vez reproduce en estilo directo las palabras de Garcilaso, con excepción de los versos que éste le enseña. La prosa que los envuelve actúa entonces de manera muy semejante a las *vidas e razos* de los cancioneros provenzales: explica las circunstancias en las que el poema se compuso y le da una dimensión narrativa que en sí mismo no tiene. Así, Garcilaso muestra a Boscán el soneto «Cuando me paro a contemplar mi estado», cuyo segundo cuarteto termina «sé que me acabo, y más he yo sentido / ver acabar conmigo mi cuidado». Y Boscán comenta:

Era aún demasiado joven Garcilaso para sentir que se acababa y con ello su cuidado, por lo que, pensé, debían de andar por medio serias razones. Al poco, sin ser yo insistente, me declaró que doña Isabel Freyre se había casado recientemente con un tal don Antonio de Fonseca, regidor de Toro, en donde era motejado como El Gordo, dado su volumen. (p. 100).

Los versos no mencionan el matrimonio de la amada, y ni siquiera aluden a él, de modo que la explicación de Boscán les da una significación nueva, al referirlos a una situación y un ambiente concretos.

Algo después, y antes de partir hacia Italia, Garcilaso muestra a su amigo otro soneto, «Estoy contino en lágrimas bañado», que termina:

Sobre todo, me falta ya la lumbre  
de la esperanza, con que andar solía  
por la oscura región de vuestro olvido.

(p. 103)

Es claro que la situación de despedida en la que se supone escrito el soneto da un sentido muy específico a la pérdida esperanza del poeta y al olvido de la amada.

Como crítico, Prieto ha propuesto que las poesías de Garcilaso constituyen un cancionero petrarquista: con una ordenación distinta a la habitual —ya que no nos consta que ésta fuera la querida por el poeta— los versos del toledano se encadenan, igual que los del *Canzoniere*, como una suerte de biografía ideal, como una narración *sui generis* que muestra la evolución moral del autor. Ahora Prieto insiste en esa interpretación narrativa de los versos de Garcilaso, aunque naturalmente por caminos diferentes, imposibles para el crítico, pero perfectamente legítimos en el novelista.

Encarnados en Garcilaso, aparecen los temas centrales de la novelística del autor: la nostalgia, el amor, la amistad, y, por encima de todos ellos, la victoria sobre el tiempo gracias a la creación poética, la posibilidad de conversar con lectores desconocidos. Son esos ideales los que permiten tomar cierta distancia frente a la Historia y su fascinación, tan intensa, por otra parte. He aludido ya a la toma de La Goleta; pero habrá que añadir que el episodio termina con Garcilaso, Diego Hurtado de Mendoza y el alférez Gaitán simbólicamente aislados en un olivar. Allí conversan de amor y se olvidan de peligros que aún los aguardan:

Estaban allí, en el olivar, como si la toma de La Goleta fuera el final de todo riesgo, como si la conjugación de noche y mar no fuera pausa breve en el camino sangriento de Túnez. (p. 167)

Si la figura de Garcilaso es la que mejor resume la visión que Prieto tiene del Renacimiento, otros personajes escogen caminos diferentes, igualmente renacentistas. Por un lado, lo escatológico, la sexualidad y hasta la obscenidad tienen cabida en la novela. Prieto ha ensanchado su idea del Renacimiento, de manera que incluya también esos aspectos, que solemos asociar al nombre de Rabelais, pero también, por no salir del texto, al del Aretino, explícitamente mencionado en la obra. Por otra parte, Boscán expresa claramente su inclinación por la dorada medianía, que en su caso no excluye, sino que presupone, la comodidad y el dinero. El Boscán histórico había escrito, en su muy horaciana epístola a Diego Hurtado de Mendoza: «Quiero tener dineros en mis manos»; y pensando probablemente en esos versos, Prieto hace decir al suyo: «Me agradaba la sosegada y culta comodidad que proporciona el dinero». Como en las novelas de Prieto es raro que no haya algún bibliófilo,

Boscán es también el hombre de las conversaciones amistosas, y del amor por los libros, el representante de una sabiduría un poco cansada, escéptica y civilizadísima. Menos intenso que el de Garcilaso, menos desbordante que el de los personajes goliardescos, ese ideal es también una manera de afirmar la alegría de vivir.

La contrafigura de esos modelos es Erasmo de Rotterdam. Lo de Prieto con Erasmo es casi una cuestión personal; y está bien que así sea: muestra claramente que el novelista se ha tomado en serio su diálogo con el pasado, capaz de despertar su entusiasmo o su emoción, pero también una antipatía que cinco siglos no pueden borrar. El origen de esa animadversión está en cierta anemia vital que Prieto atribuye al erasmismo. De forma más clara, en *La plaza de la memoria*, el novelista retomaba una vieja polémica contra Sartre y su idea de que la vida es un acto absurdo, «que nace sin razón, se prolonga por debilidad y muere por casualidad». Nada más lejos del vitalismo que recorre toda la obra de Prieto. Aquí Boscán habla una y otra vez del carácter impulsivo y animoso de Garcilaso, al que nunca falta la alegría ni el coraje cuando hay que enfrentarse a la adversidad. El propio Boscán es casi el paradigma de los últimos narradores de Prieto, el de *El embajador* o *La plaza de la memoria*: personajes que al final de su vida, o al filo mismo de la muerte, se dejan tentar, pero no vencer, por el desengaño.

Álvaro ALONSO

Antonia ARSLAN: *Dame, galline e regine. La scrittura femminile fra '800 e '900*. Milano, Guerini Studio, 1998, 221 pp.

Casi remedando el título de una obra anterior, *Dame, droghe e galline. Romanzo popolare e romanzo di consumo tra Ottocento e Novecento* (Padua, 1986.2), un clásico dedicado a la historia de la escritura femenina, del que la Profesora Arslan era editora, este nuevo trabajo, que en su totalidad corre a cargo de la colega italiana, vuelve a cumplir el importante cometido de dar luz acerca de la vida y de la obra de algunas de las escritoras italianas más interesantes del periodo a caballo entre XIX y XX; escritoras injustamente olvidadas.

En este sentido, se puede afirmar que, con este nuevo libro, la labor crítica e historiográfica de Antonia Arslan, como ha venido siendo usual en su práctica docente e investigadora, pretende completar un vacío importante en la historia literaria italiana contemporánea, así como dotarnos de una clave de interpretación global para la revisión del paradigma cultural italiano, casi siempre exento y privado de su otra mitad.

Con el afán de rehacer la historia de la principal minoría social: el “segundo sexo”, Antonia Arslan nos propone atravesar el periodo histórico que recorre la península italiana desde 1861 hasta el comienzo de los años 60 del siglo XX, insistiendo de manera especial en las obras y en las escritoras a caballo entre am-